

LECCION XLVI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XV, CONTINUACION).

La Iglesia afligida : violacion de sus leyes ; — consolada : san Francisco de Paula, Orden de los Mínimos ; Concilio de Florencia. — Juicio de Dios contra los griegos. — La Iglesia consolada de la pérdida del imperio griego : expulsion de los arabes de España ; conversion de la Samogitia ; conquistas evangélicas en África y en las Indias ; descubrimiento de América.

En el siglo xv, no solo el cisma y la herejía traian afligida la Iglesia, sino que sus mismos hijos le arrancaban lágrimas amargas, habiéndose enfriado en el corazon de muchos la gran virtud del Cristianismo, la caridad, no vacilando otros en violar sacrilegamente las santas leyes de la abstinencia y el ayuno ; tristes consecuencias del cisma, que tendiendo á menoscabar la autoridad eclesiástica, produjo el menosprecio de sus leyes. En esta situacion nuestro Señor echa una tierna mirada á su acongojada Esposa, y hé aquí que para reanimar el fervor de los cristianos y contrabalancear las iniquidades de la tierra, surge de los tesoros de la divina misericordia otra Orden la mas austera de las que se hubiesen conocido, la de los *Mínimos*. Un varon no menos recomendable por la santidad de su vida que por la esplendidez de sus milagros es el que la funda : Francisco de Paula ; hé aquí el gran consolador de la Iglesia en el siglo xv.

Nació en Italia en 1416 de unos padres que, sin ser ricos, tenían un mediano pasar con su industria. Apenas Francisco vino al mundo, procuraron inspirarle sentimientos virtuosos, siendo este niño á los ojos de su fe un sagrado depósito que el Señor les habia confiado y que algun dia les volveria á reclamar. El hijo de bendicion secundó las miras de sus buenos padres, manifestándose desde tierno muy inclinado á la oracion, á la mortificacion y al retiro.

Cuando tuvo trece años, su padre lo confió á los Franciscanos, de quienes aprendió los rudimentos de las humanas ciencias, y, lo

que es mejor, los principios de la ciencia de los Santos, y allí sentó las bases de aquella vida austera que perennemente siguió observando. Un año despues emprendió con sus padres una romería á la capital del mundo cristiano y á nuestra Señora de los Ángeles, y de regreso pidió y obtuvo de ellos licencia para retirarse á una soledad, contando á la sazón sobre quince años. Francisco, sin embargo, en edad tan corta hacia la vida de los antiguos solitarios de la Tebaida, y la Italia tuvo su Hilarion : su lecho era una peña dura ; su sustento las yerbas que recogia en un bosque cercano ó que las almas caritativas algunas veces le llevaban.

Despues de pasar cuatro años en este aislamiento, reuniéronse algunos compañeros atraídos por sus virtudes, y con su ayuda construyó varias celdas y una capillita ; pero el número de prosélitos fué creciendo de dia en dia, y al paso que el desierto acogió dulcemente á sus nuevos moradores, la Iglesia se estremeció de contento y esperanza : tal fué el origen de la orden de los *Mínimos*, nombre que el Santo dió á sus religiosos para que se tuvieran por los últimos de los hombres.

El objeto de esta Orden, segun ya dijimos, fué principalmente reanimar la caridad casi extinguida en el corazon de los cristianos ; por esto tomó por divisa esta divina palabra : *Caridad*¹, virtud que habia de ser su alma y su carácter distintivo, no solo para enlazar á los religiosos entre sí, sino para dilatar sus corazones y abrirlos á todos los fieles con la mira de su salud. Tenia tambien por objeto expiar y contener, por medio de la austeridad de sus hijos, los abusos é inmortificaciones á que los cristianos se abandonaban durante la Cuaresma y los dias de abstinencia ; siendo el ejemplo de estos santos religiosos una leccion mas eficaz que todos los discursos.

Á mas de los tres votos acostumbrados de pobreza, castidad y obediencia, hacian otro, y era, observar una cuaresma perpétua, lo cual envolvia la privacion del uso de carnes y de toda sustancia animal, carne, lardo, pescado, huevos, manteca, queso, lacticinios con todos sus compuestos, salvo el solo caso de enfermedad grave. Á esta primera mortificacion añadió el Santo el ayuno durante casi todo el año. Mientras andaba atareado en establecer el cuarto voto que hemos dicho, el sumo pontífice Paulo II quiso tener noticias directas

¹ Las armas ó escudo de la Orden consisten en la palabra *Caridad* de oro rodeada de rayos de lo mismo en campo azul.

de Francisco, de quien la fama pregonaba maravillas, y con tal objeto le envió un prelado de su corte, quien, llegado á Calabria donde estaba el Santo, y al divisar á éste, quiso arrojarle á sus piés y besarle las manos; pero Francisco rehuyéndolo con humildad, le dijo, aunque nunca le habia visto: «Yo soy el que debo humillarme ante «vos, pues hace treinta y tres años que estais condecorado con el sacerdocio.» El prelado, sorprendido á mas no poder, le dijo que iba con encargo del Sumo Pontífice para informarse de su manera de vivir y de sus discípulos, vida que calificó de rigor indiscreto y de peligrosa singularidad. El Santo le dejó concluir; pero como se trataba de afianzar el cumplimiento de la vida cuaresmal que instituyó por orden del cielo, tomó unas ascuas en sus manos, y conservándolas sin quemarse, contestó al prelado: «Si por virtud de Dios «hago esto, no dudeis que con auxilio de la gracia se pueden suportar la vida mas austera y los mas arduos rigores de la penitencia.» El Prelado, asombrado de ver el milagro, quiso postrarse á los piés del Santo y recibir su bendicion; pero léjos de consentirlo Francisco imploró la suya con tal humildad, que se la hubo de dar, volviéndose á Roma lleno de veneracion hácia el hombre de Dios. El relato que hizo al Papa y á toda la corte romana preparó las gracias que despues la Santa Sede fué otorgando á la Orden de los Mínimos.

Dios se complacia en evidenciar por medio de prodigios la santidad de su favorito. Preciso á hacer varias correrías para el establecimiento de su Orden, tuvo una vez que trasladarse á Sicilia; acércase á la playa con dos compañeros, llama al patron de un buque para que los reciba á bordo; pero el marino, viendo su pobreza, se niega; entonces lleno de confianza en el Dios que gobierna las olas y las tormentas, en el Dios que abrió los abismos del mar Rojo antelos israelitas, y que hizo andar á Pedro sobre las aguas, Francisco extiende en ellas su capa, y sentado encima con sus camaradas trasládase felizmente á Sicilia dejando confuso de vergüenza y asombro al avaro patron del barco. Recibiéronle en la isla como un Ángel bajado del cielo, y las gentes se precipitaban para admirar al nuevo taururgo.

El eco de estos milagros pasó los límites de Italia, y llegó á oídos de Luis XI de Francia. Este Rey, poseido de un gran temor de morir, con la esperanza de que el siervo de Dios podría retardar el momento con ayuda de sus oraciones, escribió al Papa su-

plicándole que diese orden al Santo de pasar á Francia. Sixto IV envió dos breves á Francisco, secundando este deseo: el Santo obedeció, y á pesar de su extrema repugnancia y de la enorme violencia que á su modestia debió hacer, consideró la voz de san Pedro como una orden emanada del cielo. Recibiéronle en Nápoles con la misma pompa que á un legado apostólico ó que al mismo rey; salió á su encuentro toda la corte, en medio de tal afluencia de pueblo, que, á no acompañarle el príncipe de Tarento hijo del rey, le hubiera sido imposible dar un paso.

Tambien en Roma el Santo Padre le hizo tributar honores que no se hacen á los monarcas; los cardenales le visitaron ceremoniosamente, y en tres audiencias que mereció de Sixto ocupó á su lado un asiento igual al suyo. Quería el Pontífice conferirle dignidades eclesiásticas, pero Francisco, humildísimo siempre, lo rehusó, aceptando solo entre las muchas ofertas que se le hicieron la de poder bendecir velas y rosarios para regalarlos en Francia, cuyo permiso fué origen de una porcion de milagros que obró en el reino Cristianísimo.

Sabedor Luis XI de que el Santo llegaba á la Turena, salió á recibirle con todo aparato, y al verle se echó á sus piés suplicándole le dilatase la vida. Francisco respondió lo que un Santo debía responder á tal peticion: «Solo Dios es dueño de la salud, y en sus manos «está la vida de los monarcas, así como las de los restantes hombres: «de consiguiente, á él es preciso recurrir, y someterse ciegamente á «su santa voluntad.» El Rey alojó á san Francisco en su propio palacio, le consultó repetidas veces, y habiéndole rogado que le preparase para la muerte, el Santo puso todo ahinco en llenar este último deber. Por medio de sus oraciones obtuvo un cambio radical en los sentimientos del Rey, quien espiró entre sus brazos el dia 4 de agosto de 1483 perfectamente sumiso á la voluntad de Dios, habiéndole antes encomendado sus tres hijos y el reposo de su alma.

Cerca del palacio fundó san Francisco un monasterio, donde el Señor tuvo á bien revelarle la proximidad del dia en que le iba á sacar de este mundo para darle la recompensa inmortal. Efectivamente, entróle calentura el domingo de Ramos de 1507; pero sosteniendo hasta el fin su vida penitente, no quiso recibir auxilios ni lenitivos; el Jueves Santo hizose conducir á la iglesia, y habiéndose confesado recibió la sagrada Eucaristia al igual que sus religiosos

la recibian aquel día, esto es, con los pies descalzos y una soga al cuello. De regreso á su celda, como un hermano fuese á preguntarle si querria le lavasen los pies despues de comer, insiguiendo la costumbre de la Iglesia, respondió que no, pero que al otro día harian de su cuerpo lo que quisiesen: en efecto, espiró el día siguiente, Viernes Santo, 2 de abril. La Orden de san Francisco de Paula se propagó con celeridad por todos los ámbitos de Europa, penetrando hasta en las Indias, y doquiera ha operado grandes frutos de santificacion ¹.

Satisfecha la Iglesia de ver reanimarse el fervor entre sus hijos, nada olvidó para reducir á la unidad á los griegos de Oriente. Ya dijimos que Focio, patriarca de Constantinopla, sembró las semillas del cisma en el ánimo de los griegos, y que Miguel Cerulario, otro patriarca de la misma ciudad, las fomentó: esta fatal levadura fué corrompiendo toda la masa, y á cada momento observábanse defeciones particulares mas ó menos considerables. Sin cesar la Iglesia romana, madre y señora de todas las restantes, dirigia á su hija de Constantinopla palabras las mas apacibles, aprovechando todas las ocasiones de desvanecer la prevencion que separaba á los griegos de los latinos; y los griegos por su lado parecian dispuestos á reconciliarse, como lo acreditan tantos concilios, en especial los de Letran, Lyon, Viena y Constanza, donde ambas Iglesia de Oriente y Occidente se abrazaron y firmaron una misma profesion de fe; sin embargo el carácter veleidoso y el espíritu sutil de los griegos halló siempre pretextos para quebrantar la unidad.

Durante el siglo que nos ocupa, llevóse á cabo en Florencia otra tentativa de reunion, en el concilio décimosexto ecuménico celebrado en esta ciudad el año 1439, en el cual se publicó y firmó por el Sumo Pontifice, cardenales, patriarcas y obispos de Oriente un decreto de union mucho mas explícito y solemne que los anteriores ², creyéndose dejar con ello asegurada la paz para siempre; pero no bien os griegos hubieron regresado á su país, surgieron nuevas dificultades; recibióse mal á los que habian firmado; el pueblo y el clero se conjuraron contra ellos, haciendo retractarse á muchos, y si alguno permaneció firme en la verdad, otros se pusieron á declamar

¹ Helyot, lib. VII, pág. 442; Godescard, 2 de abril.

² Fleury, lib. CVIII, pág. 39.

de palabra y por escrito contra la alianza que habian firmado, arrastrando á su partido la mayoría de los griegos.

Aquí es donde Dios aguardaba á ese pueblo culpable: hacia quinientos años, desde Focio hasta el concilio de Florencia, que cansaban al cielo con sus rebeldías contra la Madre comun de todas las iglesias, valiéndose de imposturas, diatribas, rebeliones incesantes, reuniones firmadas la víspera y quebrantadas el día siguiente, observando en suma, en su conducta religiosa, lo mismo que en la política, espíritu de discordia y de doblez de corazon. Dios entonces pronunció contra su imperio la sentencia de muerte que otras veces dictó y seguirá dictando contra las naciones que se hallen en el mismo caso: «Yo os habia criado y puesto en el mundo para que «sirviéseite á Jesucristo mi Hijo, á quien dí todas las naciones «en herencia; de esto pendia vuestra felicidad; pero ya que rehusais conocerle, diciendo como los judios: *No queremos que reines «sobre nosotros*, vais á ser en presencia de todos los siglos el padron de su cólera terrible: ya que no quisísteis servirle en gozo «y en abundancia, serviréis á sus enemigos y á los vuestros en «hambre, en sed y en desnudez: ya que habeis sacudido un yugo «ligero que os hacia honor, llevaréis otro de hierro que os aplastará. Un pueblo salido de los confines de la tierra volará hasta «vosotros con la impetuosidad del águila cuando persigue su presa; pueblo cruel, bárbaro, desapiadado, de quien ni siquiera entenderéis el idioma; el cual no tendrá compasion ni humanidad ¹.» Vamos á ver como literalmente se cumplieron estas tremendas amenazas.

Dice el Señor, y dando un silbido, como en otros tiempos para llamar á Asur contra su pueblo, aparécese el feroz conquistador Mahometo II caminando á marchas redobladas al frente de trescientos mil turcos. Ministro de las divinas venganzas, va á poner sitio enfrente de Constantinopla, como antes habia hecho Tito delante de Jerusalem, y desde los primeros días de abril de 1453 toda la campiña queda cubierta de soldados que aprietan á la ciudad por tierra, al paso que una flota de trescientas galeras y doscientos navíos la bloquea por mar.

No pudiendo estas embarcaciones meterse en el puerto por estar cerrado con gruesas cadenas y defendido con ventaja, el sitiador man-

¹ Deut. xxviii.

da cubrir hasta dos leguas de camino con planchas de abeto untadas con grasa y sebo en forma de quilla por las cuales á fuerza de máquinas y de brazos hace resbalar ochenta galeras, llevando á cabo en breves días esta asombrosa operacion. ¡Júzguese del estupor de los sitiados cuando vieron toda aquella flota bajar por tierra á su puerto, y luego formarse á vista de ellos un puente de barcas, que sirvió para levantar baterías de cañones! Es verdad que por su parte no estaban mano sobre mano, pero como el emperador sucumbiese en un ataque, desfallecieron del todo, la ciudad fué ganada, y penetrando en ella los enemigos furiosos saquearon, degollaron, cometieron inauditos excesos; de modo que el número de víctimas pasó de cuarenta mil, los cautivos de sesenta mil, y la dispersion de los demás fué tan considerable, que el Sultán tuvo que llamar gente de varias provincias de su imperio para repoblar la malhadada Constantinopla. Santa Sofía, el templo mas grandioso del Oriente, fué transformado en mezquita, y en lo alto de sus antiguas torres á la cruz reemplazó la media luna: el estandarte del despotismo y la barbarie, puesto en lugar de la civilizacion y la libertad, prenunció el futuro destino de los vencidos criminales.

Desde entonces, en efecto, esa Grecia, patria de los Milcíades, de los Leónidas, de los Alejandro, de los Sófocles y de los Platones, se ha vuelto la tierra clásica de la servidumbre é ignorancia mas groseras.

¡Oh reyes, oh pueblos, acabad de abrir los ojos! hé aquí lo que á las naciones cuesta el atreverse á decir al Cordero dominador del mundo; ¡no queremos que reines sobre nosotros! hé aquí lo que el Mahometismo da á los pueblos por él avasallados: hierros, servidumbre, y las tinieblas de la barbarie, al paso que el Cristianismo establece la verdad y difunde la luz del saber y de las artes en los países bárbaros que reciben su dulce ley. ¿Quién, pues, echará en cara á los Papas los esfuerzos que durante muchos siglos hicieron y los sacrificios á que se sujetaron para preservar á las naciones civilizadas de las invasiones del Islamismo?

Dueño de Constantinopla, Mahometo continuó ejerciendo su misión vengadora en todas las provincias reas de cisma: Corinto, Trebizonda, Teodosia, la Grecia y el Peloponeso entraron bajo su coyunda; ebrio por el triunfo quiso extender su bárbara dominacion hasta las islas y los pueblos que el Señor custodiaba, pero fué baido. El célebre Huniade le obligó á levantar el sitio de Belgrado; Scanderberg rey de Albania, y sobre todo el gran maestre de

los caballeros de Rodas, Pedro de Aubusson, le dieron severas lecciones.

Entre tanto la Iglesia se hallaba sériamente alarmada, pues el Atila africano habia hecho el impio voto de acabar con todos los adoradores de Cristo, y llevaba ya derribados dos imperios, conquistados doce reinos y arrebatadas al poder cristiano mas de doscientas ciudades; Dios empero se encargó de tranquilizar á su Esposa. Una diarrea de pocos momentos libró al mundo del terrible Mahometo; y en seguida un príncipe magnánimo apareció en Occidente suscitado por el cielo para contrastar el poder otomano y arrebatarle por un lado lo que habia ganado por otro.

Fernando el Católico, tal es el héroe providencial que ahora cumplidos á conocer. Rey de Aragon por su cuna, y dueño de Castilla por su esposa D.^a Isabel, llegó á serlo por fuerza de las armas del reino de Granada: en el mes de noviembre de 1492 entró vencedor á la cabeza de cuarenta mil guerreros en esta capital del poderoso califato que los moros poseyeron durante cerca quinientos años; brillante conquista que rompió para siempre el cetro de los árabes en España. Hechos ya tributarios de la corona, Fernando é Isabel dedicáronse eficazmente á ponerles bajo el yugo del Evangelio, á lo que les ayudó mucho el gran cardenal Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo¹; de cuyas resultas millares de moros recibieron el Bautismo é indemnizaron á la Iglesia de las pérdidas ocasionadas por el cisma de los griegos.

Mientras en el Mediodía de Europa se cumplian estos sucesos consoladores, el Norte llenaba de alegría el maternal corazon de la Iglesia. El ilustre Jagellon, rey de Polonia, acababa de atraer á la fe una dilatada region hasta entonces poblada de idólatras; los samogicijos acababan de convertirse. Esta nueva conquista fué una indemnizacion para el Catolicismo, y otra prueba de que el sol del Evangelio es como el astro que ilumina á la naturaleza, el cual nunca se detiene ni apaga, y si deja un país es para pasar á otro.

Pero ¡alegraos aun otra vez, Iglesia santa de Dios, ensanchad vuestros tabernáculos, porque aqui vienen nuevos hijos á recogerse entre vuestros brazos! En esta época algunos misioneros llegaron al Congo y hasta el interior de África, operando numerosas conversiones; las islas Canarias fueron descubiertas, y las Indias orientales

¹ Vida del cardenal Cisneros, por Flechier, pág. 103.

se abrieron por el lado marítimo, con lo cual unas y otras recibieron la semilla evangélica.

Como si aun no bastaran tamañas indemnizaciones y consuelos, un mundo nuevo va á brotar como por ensalmo del seno de los mares; mundo que se dará por herencia á la Iglesia, la cual empujando por fijar en ella su tienda movable, erigirá luego templos y establecerá su imperio sobre millones de hombres que tendrán á honra ser hijos suyos, sin por esto dejar de ser siempre la grande Iglesia, la Iglesia católica.

El descubrimiento de América, que resarcíó las pérdidas ocasionadas por el cisma griego, y que además debia indemnizar los estragos que el Protestantismo causaria medio siglo mas adelante, es un hecho en que tan visiblemente aparece la Providencia, cuyos consejos ponen al servicio de la Iglesia para gloria de Jesucristo los acontecimientos de la política y los descubrimientos de las artes, los vuelos del genio y los proyectos y pasiones de los hombres, los vientos y las tempestades, en una palabra, la tierra y el cielo, que importa trazar en compendio su relato.

En las cercanías de Génova nació en 1449 un pobre pescador llamado Cristóbal Colon. Persuadido de muchacho que Dios lo habia criado para descubrir un nuevo mundo, consagróse con ardor al estudio de la astronomía, de la náutica y de las matemáticas. Lleno de confianza en sus proyectos, se fué á Portugal, donde en vano solicitó recursos para llevar aquellos á cabo; en seguida se dirigió á España, y habiendo echo pedir al Rey Católico que le confiase algunos buques, tratáronle de loco. Sin desanimarse por esto, al través de negativas y desprecios logró obtener una audiencia del rey D. Fernando, quien le recibió en medio de toda su corte: el hombre sabio, con aquel tono y aire de inspiración propio regularmente del genio, explanó su proyecto, y tan de fijo aseguró que descubriria un nuevo mundo, como que ya de antemano solicitaba el título de virey para sí y sus sucesores, pidiendo además el número de buques y el dinero indispensable. La respuesta que por entonces se le dió fué una risa de mofa y compasion; pero alentado por su amigo Fr. Juan Perez de Marchena, religioso francisco y prior del convento de la Rábida en Andalucía, siguió con su empeño adelante. El buen Marchena escribió á la reina D.^a Isabel, de quien habia sido confesor, y con tal recomendacion, la Reina, que por su lado veia algo de sobrenatural en el italiano, le proporcionó lo que deseaba. Así, pues, el pri-

mer hombre que en España comprendió desde un principio al ilustre genovés y contribuyó con mas eficacia al descubrimiento del nuevo mundo, fué uno de aquellos pobres religiosos cuya pretendida ignorancia ha excitado muchas veces la *chispa* de nuestra *muy ilustre escuela volteriana* ¹!

Tres buques se confiaron á Colon, cuya partida dió márgen á una escena solemne: los habitantes de Palos reunidos en la playa, á vista de sus compatriotas que por orden de la corte se veian obligados á intentar una navegacion arriesgada por desconocidos mares, en busca de un nuevo mundo y bajo la sola palabra de un extranjero, tenian embargados sus espíritus de terror y desolacion: el amigo buscaba la mano del amigo y se separaba de él llorando; las esposas y las madres miraban á sus esposos y á sus hijos como otras tantas víctimas inmoladas á los ensueños de un ambicioso; sus lamentos henchian los aires, y los mismos marineros, enternecidos ó medrosos, respondian con lágrimas á tan sombría despedida. En medio de esta escena tan desgarradora y agitada descuella serena la hermosa figura de Colon, quien, lleno de confianza en Dios, impone silencio á todos, y con voz solemne, fuerte y simpática, se coloca á sí y á sus naves bajo el amparo de la Providencia, y oida misa con toda la tripulacion, comulga públicamente, despues de lo cual, firme y con tranquilo ademán, plácido y con severo contento pintado en el rostro pasa á ocupar su sitio en la almiranta *Santa Maria*. Dase la señal de partida, y el viernes 3 de agosto de 1492 zarpa la flotilla impelida de favorable viento, y á las nueve semanas de navegacion descúbrese la primera isla americana.

Colon abordó á ella el viernes 12 de octubre: al pisar la tierra tan deseada, hincó ambas rodillas y dió gracias al Señor por el feliz resultado de su empresa, imitando su ejemplo toda la tripulacion; y luego, no menos ardiente cristiano que fiel vasallo, el inmortal marino tomó posesion de la misma en nombre de Dios y del Rey de España, y la llamó *San Salvador*. Los habitantes eran pobres salvajes que huyeron al ver á los españoles; pero despues amansándose por grados, llegaron á trocar su oro por abalorios y bujerías ². Colon, de regreso á España, fué recibido con singulares honores, y si mas

¹ *Vida de Colon*, por Washington Irving, t. I, pág. 97 y sig. Debe advertirse que Irving es protestante.

² Con este primer oro venido de América, que los reyes de España ofre-

adelante emprendió un segundo y un tercer viaje; al fin, calumniado y caído en desgracia, ese hombre que acababa de dar un mundo al Rey de España, murió en la pobreza, sin tener siquiera el consuelo de dejar su nombre á aquella tierra nueva llamada *América*, en obsequio á Américo Vespucio, navegante florentino, quien siguió el camino trazado por Colon; ¡para que se vea lo que hay que fiar en la gratitud de los hombres!

La leccion siguiente nos explicará por qué causa este nuevo mundo salió, como por milagro, del seno del Océano, en este siglo y no en otro.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los milagros providenciales con que habeis conservado y consolado á vuestra Iglesia; haced que mi corazon comprenda toda la gratitud que os es debida.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *nunca obraré por respetos humanos, sino solo para agradecer á Dios.*

cieron á la Virgen María, se doró el artesonado de la iglesia de Santa María la Mayor en Roma.

LECCION XLVII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XVI).

La Iglesia violentamente atacada: Lutero, Zuinglio, Calvino, Enrique VIII.—El Protestantismo considerado en sus autores, en sus causas, en su dogma, en su moral, en su culto, y en sus efectos.

Vamos á asistir al mayor combate que se haya librado contra la Iglesia nuestra madre desde el Arrianismo, como si el infierno en el siglo xvi hubiese querido poner en campaña todos sus ejércitos. Cuatro sectarios gigantescos aparecen sucesivamente enarbolando el pendon de la revuelta, no para atacar un dogma, un Sacramento ó una práctica particular de la Religion, sino la autoridad misma de la Iglesia, base del dogma y de la moral. Su voz de guerra la forman aquellas palabras diabólicas que perdieron al linaje humano: *Romped el yugo de la autoridad, y seréis como dioses*; y los pueblos desagracedidos creen ser bastante fuertes é ilustrados para bastarse á sí mismos, y se alistan en tropel bajo las banderas de la rebelion, atacando con furiosa saña á esta antigua Iglesia que les diera su libertad, su educacion, su morigeracion, su civilizacion, sus leyes, su supremacia y hasta su existencia.

El pretexto de semejante revuelta fueron ciertos abusos verdaderos ó supuestos; pero la causa real era otra: el orgullo humano impaciente contra el yugo de la autoridad, y deseo de emanciparse: hé aquí los comienzos del *Protestantismo*; palabra que de si dice ya bastante. En su origen el Cristianismo hubo de arrostrar la rebeldía de la fuerza material, personificada en los emperadores romanos; seis siglos despues hubo de contrarestar la de los sentidos, simbolizados en Mahoma; mil años mas adelante debió sostener la del orgullo representado por Lutero, de manera que en tres distintas épocas sus enemigos fueron la ambicion, el deleite y el orgullo; por desgracia esos tres enemigos los tendrá eternamente.

Demos á conocer desde luego á los campeones del orgullo sublevado, ó sea el Protestantismo, dignos en verdad de la causa que defienden.